

HEATHER MORRIS

La autora de **EL TATUADOR DE AUSCHWITZ**



LAS TRES HERMANAS

UNA NOVELA DE SUPERVIVENCIA Y ESPERANZA
BASADA EN UNA EMOCIONANTE HISTORIA REAL



Cuando son niñas, Cibi, Magda y Livia le prometen a su padre que permanecerán siempre juntas, pase lo que pase. Años más tarde, con solo 15 años, los nazis mandan a Livia a ir a Auschwitz y Cibi, que solo tiene 19 años, hace honor a la promesa y sigue a su hermana, decidida a protegerla o a morir con ella. Allí juntas luchan por sobrevivir. Magda, con 17 años, consigue esconderse por un tiempo, pero finalmente también es capturada y transportada al campo de exterminio. Las tres hermanas se reencontrarán en Auschwitz-Birkenau y allí, recordando a su padre, se hacen una nueva promesa, esta vez las unas a la otras: sobrevivirán.

Esta es una obra de ficción basada en los recuerdos personales de Livia Ravek y Magda Guttman, los testimonios de la Shoah de Cibi Lang, Livia y Ziggy Ravek, y el diario de Magda Guttman. Todos los hechos han sido, en la medida de lo posible, contrastados con la documentación disponible. No obstante, algunos de los sucesos, nombres, personajes y lugares que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción.

Índice

Primera parte. La promesa

Prólogo

1

2

3

4

5

6

Segunda parte. Las puertas del infierno

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Tercera parte. La tierra prometida

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

Nota de la autora

Posfacio de Livia Ravek

Posfacio de Oded Ravek

Posfacio de Ayala Ravek

Posfacio de Yossi Lahav (Lang)

Agradecimientos

Cibi, z"l - Magda - Livia

Gracias por vuestra fuerza y por la esperanza a la que os aferrasteis durante el periodo más oscuro de la historia para crear una vida en una nueva tierra con familias llenas de amor y para inspirarnos a todos.

Mischka, z"l - Yitzko, z"l - Ziggy, z"l

Vosotros tenéis vuestras propias historias de supervivencia. Vuestras propias historias de coraje, esperanza, amor y pérdida. Tuvisteis el amor de tres mujeres increíbles y de las familias que habéis creado.

*Karol (Kari), Joseph (Yossi) - Chaya, Judith (Ditti)
- Oded (Odie), Dorit*

Crecisteis escuchando las historias de vuestros padres. Fuisteis honrados con su aguante,

*resiliencia, valor y compromiso para compartir
su pasado de forma que los demás no lo
olvidemos.*

*Randy, Ronit, Pam, Yossi, Joseph, Yeshai, Amiad,
Hagit - Noa, Anat - Ayala, Amir, Ariela - Daniel,
Ruth, Boaz - Lee-Or, Nogah, Pnina, Galil, Edan,
Eli, Hagar, Dean, Manor, Alon, Yasmin, Shira,
Tamar - Carmel, Albie - Maayan - Doron, Ofir,
Maor - Raphael, Ilan - Romi y las generaciones
venideras*

Nota: *Se ha añadido z"l a los nombres para
honrar y recordar a los que ya han fallecido.
Estas letras significan «Zijronó LiBerajá»
(«bendito recuerdo»).*

Primera parte

La promesa

Prólogo

VRANOV NAD TOPL'OU, ESLOVAQUIA
JUNIO DE 1929

Las tres hermanas, Cibi, Magda y Livi, están sentadas formando un pequeño círculo con su padre en el pequeño jardín trasero de su casa. La adelfa que su madre se ha esforzado tanto por hacer revivir se marchita sin remedio en un rincón.

Livi, la más pequeña, de tres años, se levanta de un salto: quedarse sentada todavía no forma parte de su naturaleza.

—Livi, ¿puedes sentarte, por favor? —le pide Cibi. Con siete años, es la mayor de las hermanas, y es responsabilidad suya reprender a las otras cuando se portan mal—. Ya sabes que Padre quiere hablar con nosotras.

—No —responde Livi, y procede a saltar alrededor de las figuras sentadas, dando a cada una de ellas una palmada en la cabeza al pasar.

Magda, la hermana mediana, de cinco años, está dibujando siluetas imaginarias en la tierra con una rama seca de la adelfa. Es una tarde de verano cálida y soleada. La puerta trasera está abierta, invitando a entrar el calor y dejando salir al jardín el aroma a pan recién horneado. Hay dos ventanas que han visto días mejores, una que da a la cocina y otra a la pequeña habitación que comparte la familia. Por todo el suelo hay trozos de pintura descascarilla-

da: el invierno ha sido duro con la cabaña. Una ráfaga de viento cierra la puerta del jardín de un golpe. El cierre está roto; otra cosa más que tiene que arreglar Padre.

–Ven, gatita. –Padre le hace señas a Livi–. ¿Te sientas en mi rodilla?

Que una hermana mayor le diga que haga algo es una cosa, pero que su padre se lo pida de una forma tan dulce es muy diferente. Livi se sienta sobre su regazo y, sin querer, le golpea la cabeza con el brazo.

–¿Estás bien, Padre?

Magda se preocupa al ver la mueca en su rostro cuando mueve la cabeza hacia atrás. Le roza la mejilla sin afeitarse con los dedos.

–Sí, querida. Perfectamente. Estoy aquí con mis niñas..., ¿qué más podría pedir un padre?

–Decías que querías hablar con nosotras –indica Cibi, siempre impaciente, yendo directa a la razón de aquella pequeña «reunión».

Menachem Meller mira a sus preciosas hijas a los ojos. No tienen ni una sola preocupación, son ajenas a la dura realidad de la vida más allá de su dulce cabaña. La dura realidad que Menachem ha vivido y con la que sigue viviendo. La bala que no lo mató durante la Gran Guerra continúa alojada en su cuello y ahora, doce años más tarde, amenaza con terminar su misión.

La intensa Cibi, la dura Cibi... Menachem le acaricia el pelo. El día en que nació, la muchacha anunció al mundo que tuviera cuidado: había llegado, y ¡ay del que se interpusiera en su camino! Sus ojos verdes se vuelven de un amarillo ardiente cuando su genio se apodera de ella.

Y Magda, la preciosa y amable Magda, ¿cómo ha cumplido cinco años tan rápido? A su padre le preocupa que su apacible naturaleza la haga vulnerable a que otros la dañen y la utilicen. Lo mira con sus grandes ojos azules y él siente su amor, y nota también que la niña está al tanto de su precaria salud. Ve en ella una madurez inaudita para

su edad, una compasión que ha heredado de su madre y de su abuela, y un feroz deseo de cuidar de los demás.

Livi deja de retorcerse cuando Menachem se pone a jugar con su cabello suave y rizado. Él ya se la ha descrito a su madre como «la salvaje», la que en cualquier momento, teme, podría irse con los lobos y partirse como una ramita si se ve arrinconada. Sus penetrantes ojos azules y su figura menuda le recuerdan a un cervatillo, fácil de sobresaltar y listo para salir corriendo.

Mañana Menachem se someterá a la cirugía para que le extirpen la bala errante del cuello. ¿Por qué no podría haberse quedado donde estaba? Ha rezado una y mil veces por tener más tiempo con sus hijas. Necesita guiarlas a la edad adulta, asistir a sus bodas, mecer a sus nietos. La operación es arriesgada y, si no sobrevive, este podría ser el último día que pase con ellas. Si ese es el caso (por muy horrible que sea imaginarlo en un bonito día de sol como este), debe decirles ya a sus hijas lo que necesita de ellas.

–Y bien, Padre, ¿qué querías decirnos? –insiste Cibi.

–Cibi, Magda, ¿sabéis lo que es una promesa? –pregunta despacio. Es importante que se lo tomen en serio.

Magda niega con la cabeza.

–Creo que sí –responde Cibi–. Es cuando dos personas guardan un secreto, ¿verdad?

Menachem sonríe. Cibi siempre lo intenta, es lo que más le gusta de ella.

–Te has acercado, cariño, pero una promesa puede implicar a más de dos personas. Quiero que esta promesa la compartáis las tres. Livi todavía no tiene edad de entenderlo, así que necesito que no dejéis de hablarle de ella hasta que lo haga.

–Pero yo tampoco lo entiendo, Padre –interviene Magda–. Suena un poco confuso.

–Es muy sencillo. –Menachem sonríe. No hay nada que le produzca tanto placer como hablar con sus hijas. De pronto siente algo en el pecho: debe recordar este mo-

mento, este día soleado, los grandes ojos de sus tres hijas –. Quiero que prometáis, a mí y a vosotras, que siempre cuidaréis de vuestras hermanas, que siempre estaréis las unas para las otras, pase lo que pase. Que no permitiréis que nada os separe. ¿Lo comprendéis?

Magda y Cibi asienten con la cabeza.

–Sí, Padre, pero ¿por qué íbamos a separarnos? –pregunta Cibi, sería de repente.

–No digo que vaya a ocurrir, tan solo quiero que me prometáis que, si alguien trata de separaros, recordaréis lo que hemos hablado aquí hoy y haréis todo lo que esté en vuestras manos para evitar que suceda. Sois más fuertes juntas, no debéis olvidarlo jamás. –La voz de Menachem tiembla, y se aclara la garganta.

Cibi y Magda intercambian una mirada. Livi pasa la vista de una hermana a la otra y después a su padre, consciente de que se ha acordado algo solemne, aunque con poca idea de lo que significa.

–Te lo prometo, Padre –dice Magda.

–¿Cibi? –pregunta Menachem.

–Yo también te lo prometo, Padre. Prometo cuidar de mis hermanas. No dejaré que nadie les haga daño, ya lo sabes.

–Sí que lo sé, mi querida Cibi. Esta promesa se convertirá en un pacto entre vosotras tres y nadie más. ¿Le hablaréis de este pacto a Livi cuando sea lo bastante mayor para comprenderlo?

Cibi toma el rostro de Livi entre sus manos y le gira la cabeza para mirarla a los ojos.

–Livi, di que lo prometes. Di «lo prometo».

Livi examina a su hermana. Esta está asintiendo con la cabeza, animándola a pronunciar las palabras.

–Lo *prometo* –dice.

–Ahora, díselo a Padre, dile «lo prometo» a Padre –la anima Cibi.

Su hermana se vuelve hacia su padre, con los ojos bailando y una carcajada amenazando con explotar en su garganta; la calidez de la sonrisa que le devuelve Menachem le derrite el pequeño corazón.

–Lo *pometo*, Padre. Livi lo *pomete*.

Él estrecha a las niñas contra su pecho, mira por encima de la cabeza de Cibi y sonrío a la otra mujer de su vida, la madre de sus hijas, que se encuentra en el umbral de la puerta con lágrimas relucientes en las mejillas.

Tiene demasiado que perder; debe sobrevivir.

1

VRANOV NAD TOPL'OU, ESLOVAQUIA

MARZO DE 1942

–Por favor, dime que va a estar bien; estoy muy preocupada por ella –ruega Chaya inquieta mientras el doctor examina a su hija de diecisiete años.

Magda lleva varios días con fiebre.

–Sí, señora Meller, Magda estará bien –le asegura el doctor Kisely.

La pequeña habitación contiene dos camas; en una duerme Chaya con su hija más joven, Livi; y la otra la comparten Magda y su hermana mayor, Cibi, cuando está en casa. Un gran armario ocupa una de las paredes, abarrotado con las pequeñas posesiones personales de las cuatro mujeres de la casa. En primer lugar, el frasco de perfume de cristal tallado con su lazo y su borla de color esmeralda, y al lado una fotografía borrosa. En ella se ve a un hombre sentado en una silla, con un bebé sobre una rodilla y una niña algo mayor en la otra. Una tercera, de más edad, posa de pie a su izquierda. A su derecha se encuentra la madre de las muchachas, con una mano apoyada sobre el hombro de su marido. La madre y las hijas llevan vestidos de encaje blanco; juntos son la familia perfecta o, al menos, lo eran.

Después de que Menachem Meller muriera en la mesa de operaciones cuando, al fin, le quitaron la bala pero per-

dió demasiada sangre para sobrevivir, Chaya quedó viuda y, las niñas, huérfanas de padre. Yitzchak, padre de Chaya y abuelo de las hermanas, se mudó a la pequeña cabaña para ayudar en lo que pudiera, mientras que el hermano de Chaya, Ivan, vive en la casa de enfrente.

Ella no está sola, aunque se sienta así.

Las pesadas cortinas de la habitación están echadas, impidiendo que la brillante luz del sol de primavera que se atisba por encima de la barra de las cortinas alcance a la temblorosa y febril Magda.

—¿Podemos hablar en la otra habitación? —pregunta el doctor Kisely, cogiendo a Chaya del brazo.

Livi, con las piernas cruzadas sobre la cama de al lado, observa a Chaya mientras coloca otra toalla húmeda sobre la frente de Magda.

—¿Te quedas con tu hermana? —le pregunta su madre, y Livi asiente con la cabeza.

Cuando los adultos abandonan la habitación, Livi se dirige hacia la cama de su hermana y se tumba junto a ella para secarle el sudor del rostro con un pañuelo.

—Va a estar todo bien, Magda. No voy a dejar que te pase nada.

Esta se obliga a sonreír un poco.

—Esa es mi frase. Yo soy la hermana mayor, yo cuido de ti.

—Pues ponte buena.

Chaya y el doctor Kisely recorren los pocos pasos desde el dormitorio hasta la sala principal de la casa. La puerta delantera se abre directamente a aquella acogedora sala de estar, con una pequeña zona de cocina en la parte posterior.

El abuelo de las muchachas, Yitzchak, está lavándose las manos en el fregadero. Ha dejado un rastro de virutas de madera al volver del jardín, y hay más en la alfombra azul desteñida que cubre el suelo. Sobresaltado, se da la vuelta y salpica el suelo de agua.